

# Miguel de Unamuno y Jules Renard.

## La salvadora incertidumbre

M<sup>a</sup> DE LA CONCEPCIÓN DE UNAMUNO PÉREZ  
*Universidad de Cádiz*

La lengua y la literatura francesas me parecen determinantes en el pensamiento de Miguel de Unamuno, como creo haber puesto de manifiesto en mi Tesis Doctoral *Miguel de Unamuno y la Cultura Francesa*, en la cual sostenía que, junto con otras influencias, dicha literatura ha servido de base para la reflexión de Unamuno sobre algunos de los temas que le preocupan: la personalidad, la ciencia, la historia, el destino último del hombre, Dios. Aunque el escritor vasco aconseja tomar lo francés con cautela y no dejarse influir por la estética francesa, arguye que la importancia de esta lengua puede compararse con la del latín anteriormente y, ante la acusación que en su momento se le hizo de misogalismo o francofobia, se defiende, afirmando que debe mucho a la literatura francesa, verdaderamente educadora, sabiéndose deudor de ella<sup>1</sup>. Su aversión al espíritu y a la estética franceses no impiden, pues, que valore extraordinariamente la cultura gala, de la cual se sirve como acceso a otras culturas, considerándola indispensable, vía de comunicación con Europa, ya que la cultura europea nos ha llegado siempre por medio de Francia.

En sus escritos, Don Miguel comenta sin cesar textos ajenos y se apoya constantemente en otros autores o en sus personajes, pero sus citas son fuentes de personalidad, no de autoridad. Unamuno cita a esos autores o entes de ficción, para apoyarse en ellos de un modo vital; los necesita a ellos, no como escritores sino como hombres, con sus problemas, no para utilizar sus doctrinas ni para apropiarse de su pensamiento, sino para confortarse y acompañarse. Por otra parte, cuando descubre un nuevo libro, no realiza Unamuno un estudio completo, exhaustivo, sino una búsqueda, esforzándose por develar determinadas cuestiones que lo inquietan en ese momento, que se ajustan a sus investigaciones. Cuando lee, el pensador vasco va haciendo señales en los párrafos que le interesan, señales diferentes según el grado de importancia, o de identificación de su pensamiento con el del autor de la obra; al mismo tiempo, va dejando constancia de esas anotaciones en la guarda final del volumen, subrayando la cifra correspondiente a la página, con una o varias líneas, o introduciéndola en un recuadro, precedida a veces de una

1. Cfr. *Contra esto y aquello*, p. 628. Citamos las obras de Unamuno por la Edición de Escélicer, Madrid, 1966-1971, *Obras Completas*, con Introducción y Comentarios de Manuel García Blanco; en este sentido se expresa también Unamuno en carta a Zulueta: *Cartas 1903-1933. Miguel de Unamuno Luis de Zulueta*, Aguilar, 1972, p. 33.

palabra o frase que, o bien resume el contenido o constituye un comentario personal. Dichas anotaciones han resultado valiosas en nuestro trabajo, puesto que, además, estamos de acuerdo con nuestro autor, en que se puede descubrir la personalidad de un lector por los subrayados que deja en los libros que lee<sup>2</sup>.

De esa lectura personalizada, resulta una incorporación a su obra de otros textos, con los que previamente ha establecido una comunicación, un verdadero diálogo, reciprocidad de intuiciones, intimidades y visiones. Al incorporarlo, Unamuno reduce el texto ajeno a su propia subjetividad y lo transforma en el elemento consubstancial con el texto propio, recreándolo, haciéndolo suyo. El escritor busca en los demás lo que le parece más próximo a sí mismo:

«Al choque del pensamiento ajeno, que puedo oír merced al bendito silencio que me rodea en mis horas cúbicas de trabajo solitario, brota mi propio pensamiento y se afirma y crece. Crece, no se acelera; medra, no se precipita»<sup>3</sup>.

De todo lo anteriormente expuesto se deriva que sus autores predilectos fueron aquellos que sintieron sus mismas inquietudes, que compartieron sus mismos problemas vitales, los hombres de carne y hueso, los creyentes de cualquier fe, los apasionados, los solitarios, los soñadores, los rebeldes, los atormentados, aquellos a quienes preocupó el problema del destino último del hombre, los que, como él mismo, tuvieron el sentimiento trágico de la vida. Padilla Novoa los denomina «sus hermanos», «sus amigos», «sus almas gemelas»<sup>4</sup>.

Pues bien, Jules Renard fue una de estas almas gemelas de Unamuno; con él estableció el Rector de Salamanca un largo diálogo, a través de la *Correspondance de Jules Renard* y de las casi mil trescientas páginas de *Le Journal de Jules Renard*, en cuatro tomos, obras que estaban en el desván de la Casa-Museo Unamuno, entre otras muchas pertenecientes a la biblioteca de José María Quiroga Plá, yerno de Unamuno, y que llamaron nuestra atención por el gran número de señales y anotaciones —sobre todo en *Le Journal de Jules Renard*— anotaciones inconfundiblemente realizadas por la mano de Unamuno, y que ponían de manifiesto el gran interés que dicha obra había suscitado en nuestro autor. De esta manera tuvimos la fortuna de poder leer la obra de Jules Renard a través de los ojos y el espíritu unamunianos. El escritor vasco dejó constancia de esta lectura en el poema 313 de su *Cancionero*, que data de 1928 y que comentaremos más adelante.

En este trabajo pretendemos, desde un punto de vista exclusivamente literario, hacer un recorrido por el pensamiento unamuniano, contemplado desde su conexión con el del autor francés antes mencionado, con el cual —pensamos— es posible establecer ciertas concomitancias, fruto del diálogo establecido entre nuestro autor y las obras citadas.

En su artículo *El individualismo español* afirma Unamuno que nos contemplamos excesivamente a nosotros mismos, no siendo éste el mejor medio para conocernos: la introspección es engañosa y puede llegar a producir un verdadero vacío de conciencia, ya que un estado de conciencia que consistiera simplemente en que ésta se contemplase

2. En este sentido cfr., *Alrededor del estilo*, p. 929.

3. *Andanzas y visiones españolas*, p. 398.

4. *Unamuno, filósofo de encrucijada*, Cincel, Madrid, 1985, p. 38.

a sí misma, no sería tal estado de conciencia, por falta de contenido. Aprendemos a conocernos observando nuestros actos<sup>5</sup>. Unamuno considera que la experiencia de la búsqueda de sí mismo puede acabar con la propia vida como les ha ocurrido a todos los escritores de diarios, autobiografías y confesiones, como San Agustín, Rousseau y Amiel. El hombre que escribe un diario no apunta en su diario lo que piensa, sino que piensa para apuntarlo<sup>6</sup>.

A este respecto, el escritor francés parece coincidir con Unamuno; los personajes creados por su imaginación se le antojan insignificantes y, sin embargo, muy a pesar suyo, no puede trabajar más que sobre sí mismo; se siente vacío, juzga que ha vertido demasiado de su vida en sus libros, intuyendo que no es ya más que «un hueso roído»; haciendo de sí mismo constante objeto de autoanálisis, Jules Renard reconoce su vanidad, su orgullo, su egoísmo, su incapacidad para sentir; doliéndose de todo ello, se pregunta angustiado dónde hallar nueva materia para su obra:

«Et ce *Journal* qui me distraît, m'amuse et me stérilise! Je travaille une heure, et tout de suite je sens une dépression; et même d'écrire ce que j'écris là m'écoeure»<sup>7</sup>.

Pero, no pudiendo curarse del mal de escribir, el fundador del *Mercur de France*, prosigue su diario, verdadera mina de observaciones cáusticas y penetrantes, curiosas revelaciones sobre su método de trabajo y sobre el oficio de escritor, denunciando en su obra la charlatanería e insinceridad de la literatura.

Sabemos que Unamuno siente aversión por la literatura profesional y ataca en sus escritos a los literatos españoles, que se preocupan en exceso del estilo y se desinteresan de lo más hondamente humano, viviendo sumidos en la vanidad y la embriaguez del progreso. El escritor debe escribir —opina— como su alma le dicte, sin tener en cuenta la idiosincrasia de sus posibles lectores, lo cual restaría a su obra sinceridad, vida y hasta el arte mismo perseguido, rehuyendo de convertirse en «*homme de lettres*», si desea hacer obra verdaderamente artística<sup>8</sup>.

Jules Renard reacciona de igual modo contra los hombres de letras y la literatura profesional, que parece deshumanizar al individuo. El escritor de Châlons piensa en su hijo, de diez años, quien sólo le interesa —afirma— como el resto del universo, por lo que de él pueda extraer de literario<sup>9</sup>, y si le anunciaran la muerte de su hija, a la que adora, y en la frase que emplearan para hacérselo saber hubiera un vocablo pintoresco, intuye que lo escucharía encantado; siempre a la búsqueda de la palabra exacta, de la página perfecta, temiendo no lograrlo jamás; su espíritu parece no vivir más que para la literatura:

«Mon cerveau est gras de littérature et gonflé comme un foie d'oie»<sup>10</sup>.

5. A este respecto cfr., *Otros ensayos*, pp. 1085-1094.

6. Cfr. *Cómo se hace una novela*, p. 764.

7. Bernouard, F., *Le Journal de Jules Renard*, Paris, s. f., p. 409. En este sentido cfr. también *id.*, pp. 105, 293, 302, 334, 735, 1055, 1066, 1224, entre otras.

8. En este sentido, cfr., *De mi vida*, p. 480; *Alrededor del estilo*, p. 939; *Contra esto y aquello*, pp. 624-628; *Diario íntimo*, p. 87, citamos esta obra por la edición de Escélicer, con reproducción fotográfica del manuscrito original, Madrid, 1970.

9. *Le Journal...*, p. 473.

10. *Id.*, p. 274. En este sentido cfr. también: *id.*, pp. 130, 186, 473, 1186; Bernouard, F., *Correspondance...*, Paris, s. f., pp. 330, 344.

Las alusiones referentes al estilo abundan en las obras de Renard, como anunciábamos. Este último reflexiona sobre las dificultades propias de los distintos géneros literarios, escudriña con rigor cada una de las páginas que compone, juzgando sus escritos con extremada severidad:

«*Poil de Carotte* surtout est un mélange déplaisant où je ne trouve plus les joies passées. C'est, plutôt qu'une oeuvre, l'étalage d'un esprit loqueteux, où on rencontre un peu de tout: de la pitié, de la méchanceté, du déjà dit, et du mauvais goût».

(...)

«J'ai un autre livre plus gros, qui s'appelle *Poil de Carotte*, et que j'hésite à t'envoyer: tu devines aisément pourquoi.

(...) il est inutile que ce livre (...), soit lu par d'autres que par toi. Je ne te l'enverrai donc que si tu y tiens»<sup>11</sup>.

El escritor francés se pregunta ansiosamente si podrá liberarse algún día de la literatura, de la misma manera que ha logrado ya desprenderse de otras muchas cosas que absorbían en exceso su atención<sup>12</sup>.

También Don Miguel parece querer sacudir el yugo de la literatura, cuando exclama:

«¡Sencillez, sencillez! Dame, Señor, sencillez. Que no represente la comedia de la conversión, ni la haga para espectáculo, sino para mí».

(...)

«Es terrible esto. Leo libros de devoción y piedad y no voy más que tras las citas, a atesorar erudición bibliográfica acerca de la materia, a satisfacer la curiosidad. Necesito purificarme de eso, de esa atroz bibliomanía, de ese rastrojo del mortal intelectualismo. Considerar a la mística y ascética como un ramo de literatura, ¿no es principio de perdición?»<sup>13</sup>.

Para Unamuno, el esteticismo y el literatismo son flor venenosa, perversión del espíritu pagano. Por lo que respecta a la originalidad del literato, el pensador vasco se indigna contra aquellos autores que se vanaglorian de no leer para mejor conservar su originalidad, ignorando que se es más original cuanto más enterado se está de lo que han dicho los demás, y así, por no dejarse influir de muchos, imitan a uno solo, y, lo que es peor, no directamente, sino dejándose guiar por las opiniones de los demás. Para Unamuno, la originalidad es una síntesis, siendo a través de otros escritores como uno se encuentra a sí mismo<sup>14</sup>.

A este respecto, Jules Renard opina, por el contrario, que no tenemos nada que aprender de los demás; la búsqueda de la originalidad es, pues, inútil; el escritor debe buscarla en sí mismo, sin temor a repetirse, sin esperar la inspiración, permaneciendo atento, al acecho del espíritu, la pluma en alto, dispuesto a atrapar la menor idea que pueda brotar, «prendre par le cou l'idée fuyante et lui écraser le nez sur le papier»<sup>15</sup>.

11. *Correspondance...*, pp. 133, 135. El subrayado es del autor. La segunda cita corresponde a una carta dirigida por Jules Renard a su padre.

En este sentido cfr. también: *Id.*, p. 315; *Le Journal...*, pp. 105, 337.

12. *Id.*, p. 943.

13. *Diario íntimo*, pp. 37-38, 161; cfr. también: *Id.*, p. 135.

14. Cfr., *Contra esto y aquello*, p. 626; *Otros artículos*, pp. 1382, 1383.

15. *Le Journal...*, p. 94; cfr. también: pp. 13, 16, 168, 343, 475, 753, entre otras, en las que el escritor se expresa al respecto.



Pero una idea es vana si no se encuentra la frase apropiada capaz de plasmarla, la palabra justa; la palabra debe ser únicamente el revestimiento, según rigurosa medida, del pensamiento. Mérimée –arguye Jules Renard– es el escritor que permanecerá durante más largo tiempo, ya que se sirve menos que otros autores de la imagen, que es causa de vejez, por lo que respecta al estilo literario:

«La postérité appartiendra aux écrivains secs, aux constipés»

(...)

«J'arrive à la sécheresse idéale. Je n'ai plus besoin de décrire un arbre: il me suffit d'écrire son nom»<sup>16</sup>.

En este sentido, Unamuno adopta una posición muy próxima a la del autor francés que nos ocupa. La palabra, el sentido, «el son» y el espíritu son, para el filólogo vasco, inseparables; descalifica la poesía pura puesto que –según él– no se puede crear lenguaje sin contenido; esta especie de préciosité fue incomprendida y hasta rechazada por Unamuno, quien, como sabemos, tenía su particular concepción del valor sagrado de la palabra<sup>17</sup>. Don Miguel encuentra absurdo el aforismo «*le nom ne fait pas à (sic) la chose*», el nombre hace la cosa y hasta la crea, siendo lo más grave de una idea u objeto el nombre que hayamos de darle; tomamos posesión intelectual de las cosas, al nombrarlas; para Unamuno, como para Jules Renard, el nombre lleva en sí mismo la esencia de la cosa que evoca, el nombre posee capacidad creadora; ambos propugnan pues una mayor consideración hacia los nombres, un mayor acercamiento entre las ideas y sus nombres, puesto que éstos pueden llevarnos al conocimiento de la realidad y esencia de las cosas<sup>18</sup>.

En virtud de esta valoración de la palabra, Unamuno quiso ante todo y sobre todo ser poeta, siendo éste un forjador del lenguaje, creador de giros, idiotismos, modismos, frases hechas, desempeñando así la más abnegada de sus funciones; el poeta se ve forzado a buscar la unión del pensamiento con la emoción:

«Sabido es que la retórica sirve para vestir y revestir, acaso para disfrazar, el pensamiento y el sentimiento, cuando los hay, y que la poética sirve para desnudarlo. Un poeta es el que desnuda con el lenguaje rítmico de su alma»<sup>19</sup>.

El poeta vasco coincide con Renard cuando este último solicita del poeta que se consagra a la poesía, en detrimento de otros menesteres, ya que ha sido creado y dejado en el universo para ser la conciencia de todo aquello que carece de ella. El autor de *Histoires Naturelles* parece valorar la función del poeta en la misma medida en que lo hace Unamuno, cuando exclama:

«La vie me donne ce qu'elle veut. J'accepte, et je tâche, en restant exact, d'être poète. Je m'efforce, non de créer, mais de recréer»<sup>20</sup>.

16. *Id.*, pp. 71, 423; a este respecto cfr. asimismo: *Id.*, pp. 105, 774.

17. Cfr. *Cancionero*, Prólogo, p. 945; *Amor y Pedagogía*, pp. 314, 315, entre otros.

18. Cfr., *Id.*, p. 413; *Otros Ensayos*, «*La selección de los Fulánez*», pp. 1116, 1117. Acerca del nominalismo en Unamuno. Cfr. Huarte Morton, Fernando, «El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno*, V, pp. 50, 51; Navajas, Gonzalo, *Miguel de Unamuno: Bipolaridad y Síntesis ficcional. Una lectura posmoderna*, PPU, Barcelona, 1988, pp. 41-43, entre otros.

19. *Teresa*, Presentación, p. 577.

20. *Correspondance...*, p. 224; cfr. también: *Le Journal...*, p. 602.

Es el dolor la barrera, el obstáculo, así como también la marca más acusada del hombre de letras, del poeta. Jules Renard critica la estupidez del hombre feliz y optimista; la desesperación y la soledad impregnan muchas de las páginas de su diario; dos hombres que no se conocen —escribe— son capaces, por amor propio, de pasar uno al lado del otro, en un desierto, sin saludarse:

«Il est beaucoup plus facile de parler à une foule qu'à un individu»<sup>21</sup>.

Para Unamuno, el dolor es la forma superior de conciencia; por el dolor vuelve el hombre sobre sí mismo y se reconoce como lo que es: algo limitado, finito, que aspira a lo infinito; la vida sin dolor sería trivial<sup>22</sup>. El profesor salmantino valora asimismo la soledad; la soledad nos une, mientras que la vida social nos vacía; la soledad nos enriquece, nos espiritualiza; la verdadera unión de los espíritus sólo se obtiene en soledad<sup>23</sup>. En su soledad, el hombre toma conciencia de las cosas que lo rodean, toma incluso conciencia de sí mismo, de su yo y de los yos de los demás hombres; el mundo, al pasar por la conciencia se reviste de sentido, se hace mundo. La ficción se sitúa, para Unamuno, en el mismo plano de la realidad, no existiendo diferencia esencial entre el modo de obrar una cosa, una vida humana o un ente de ficción, pues, en cada caso, es él quien, por su vivir, les da sentido; en su vivir, se constituirá como realidad un ser humano, un objeto cualquiera o un ente de ficción: todo obra y vive en la conciencia; así, para el pensador vasco, tienen la misma realidad Don Quijote y Cervantes, Flaubert y Monsieur Homais, René y Chateaubriand:

«Y he de añadir aquí que muchas veces tenemos a un escritor por persona real y verdadera e histórica, por verle de carne y hueso, y a los sujetos que finge en sus ficciones no más sino por de pura fantasía, y sucede al revés y es que estos sujetos lo son muy de veras y de toda realidad y se sirven de aquel otro que nos parece de carne y hueso para tomar ellos ser y figura ante los hombres»<sup>24</sup>.

El autor de *Vida de Don Quijote y Sancho* señaló aquel párrafo en el que Jules Renard refiere una conversación escuchada al azar en el Museo de Louvre, reconociendo sin duda su proximidad con sus propias teorías, con respecto a la realidad de los entes de ficción:

«Ah! le Michel-Ange de Moïse! dit Gérard.  
Il se reprend:  
Non! le Moïse de Michel-Ange.  
Je ne m'étais pas aperçu de l'erreur»<sup>25</sup>.

21. *Id.*, p. 1036. En este sentido, cfr. asimismo: *id.*, pp. 472, 827, 1224.

22. Cfr. *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 143, 192, entre otras.

23. Cfr. *Vida de Don Quijote y Sancho*, pp. 58, 59; Robles, Laureano, *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, El Arquero, Madrid, 1987, p. 41.

24. *Vida de Don Quijote y Sancho*, p. 253; en este sentido, cfr., *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*, Alianza, Madrid, 1991, p. 29.

25. *Le Journal...*, p. 1084; cfr. asimismo: *id.*, p. 254.

La visión que el autor francés nos brinda de la vida como teatro, como representación, parece también coincidir con la de Unamuno:

«Nous voulons de la vie au théâtre, et du théâtre dans la vie»<sup>26</sup>.

El Rector salmantino, al leer estas palabras, debió encontrar su propio pensamiento plasmado en ellas, de la misma manera que en aquellas otras que transcribimos a continuación y que evocaron sin duda la imagen de su hermano Félix, con el cual debió mantener relaciones algo difíciles, a juzgar por los estudios de algunos autores:

«Mon pauvre "grand frère Félix" est mort hier soir, à son bureau, subitement, d'une angine de poitrine (...). Je pleure parce que nous nous sommes bien mal aimés»<sup>27</sup>.

El tema de la envidia aparece con una estimable insistencia en la obra unamuniana; podríamos citar especialmente su novela *Abel Sánchez* y su drama *El Otro*; pero el recelo, el odio, la envidia, la manía persecutoria habían figurado ya en escritos anteriores; así, en el Prólogo de *En torno al casticismo*, Unamuno se sirve de la lucha fratricida de Caín y Abel como símbolo de la disgregación de la sociedad española; Don Miguel considera la envidia como vicio nacional, siendo su raíz la pereza espiritual y corporal.

*Abel Sánchez*, su primera verdadera novela, al decir de algunos críticos, encierra, como todas, un extraordinario fondo autobiográfico. Según Julián Marías<sup>28</sup>, Unamuno utiliza el relato novelesco como método de conocimiento; podría, pues, suponerse que la discrepancia entre hermanos, que el escritor vasco experimenta en el seno de su propia familia, pudieron dictarle en su análisis y en la redacción de la novela. El propio autor, en el Prólogo de *La Tía Tula*, nos señala el camino que han ido siguiendo sus experimentos «nivolescos», lo que *Abel Sánchez* significa en ellos:

«En mi novela *Abel Sánchez* intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos, a los que lo mejor es no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín»<sup>29</sup>.

Unamuno explora el corazón de Caín, descubriendo en el drama bíblico otros valores y significados distintos a los habituales: tan falsa y mentirosa le parece la envidia de Caín, como falsa y mentirosa la inocencia de Abel. Lo malo no es Caín, lo malo son los cainistas y los abelistas —concluye Don Miguel.

26. *Id.*, p. 946.

27. *Correspondance...*, p. 208.

Para el estudio del tema del cainismo y la envidia en la obra de Unamuno, cfr., Clavería, Carlos, «Sobre el tema de Caín en la obra de Unamuno», in *Miguel de Unamuno*, Sánchez Barbudó, A., Taurus, Madrid, 1980; Cobb Christopher, H., «Sobre la elaboración de *Abel Sánchez*», *Cuadernos...*, XXII; Ilie, Paul, «La psicología moral en Unamuno», in *Miguel...*, Sánchez Barbudó, A.; McGaha, Michael D., «*Abel Sánchez* y la envidia de Unamuno», *Cuadernos...*, XXI. En torno a las relaciones de Unamuno con su hermano cfr., Salcedo, Emilio, *Vida de Don Miguel*, Anaya, Salamanca, 1964, p. 291.

Acerca de Jules Renard y la envidia, cfr., *Le Journal...*, pp. 130, 902, 1043.

28. *Miguel de Unamuno*, Austral, Madrid, 1980, pp. 90-98.

29. *La Tía Tula*, p. 1043. Respecto a la envidia, cfr. también: *El resentimiento trágico de la vida*, p. 49.

Los conflictos familiares, las dificultades del individuo, son a menudo mitigados por la mujer; esta última, destinada a una función social e histórica secundaria, representa para el escritor vasco la fuerza conservadora, ahogándose en sus brazos todo heroísmo. Pero es la maternidad lo que constituye el referente central en las mujeres de la obra unamuniana, no siendo éste un aspecto más de su condición, sino la cualidad fundamental, que le confiere una identidad intransferible. La función maternal impregna toda la actividad de la mujer, aún su papel de esposa:

«¿Pero es que esa pobre mujer de letras, preocupada de su nombre y queriendo acaso unir-lo al mío, me quiere más que mi Concha, la madre de mis ocho hijos y mi verdadera madre? Mi verdadera madre, sí. En un momento de suprema, de abismática congoja, cuando me vio en las garras del Angel de la Nada, llorar con un llanto sobre-humano, me gritó desde el fondo de sus entrañas maternas, sobre-humanas, divinas, arrojándose en mis brazos: ¡hijo mío!»<sup>30</sup>.

La mujer, sea amante, esposa, hija o hermana, es siempre madre; ella serena y apacigua las tormentas, comprende, consiente y conforta al hombre; a Unamuno le interesa la mujer en su hogar, ama de casa, y execra a las mujeres que eluden esa marginalidad, pretendiendo desempeñar una función profesional o social:

«La mujer en el frente». ¡Hijos sí, maridos no! «¿La mujer se vale por sí misma? ¿Destrucción familia? Malthusianismo» (...).

«La mujer española de hoy es algo que hace desesperar de salud. Y esas, las que bordan en rojo la camisa nueva de los de cara al sol?»<sup>31</sup>.

Las palabras, vibrantes de veneración y poesía, que al escritor francés le inspira su mujer, debieron llamar, una vez más, la atención del pensador vasco, encontrando en ellas un eco de sus propios afectos:

«L'idée que tu es morte me donne tout de suite envie de mourir. Un jour, très bien vivante, tu me trouveras mort.

Si je te trompais avec une autre femme, je regarderais tout le temps de ton côté.

Je t'ai aimée comme la nature, je t'ai regardée comme un bel arbre, je t'ai respirée comme une haie en fleurs, je t'ai savourée comme la prune ou la cerise.

Tu es heureuse quand, sur ton beau visage, tombe une grosse pluie orageuse de baisers»<sup>32</sup>.

El autor de *Pain de ménage* se lamenta de no haber triunfado, de haber vuelto la espalda al *Echo de Paris*, al *Figaro*, a la *Revue de Paris*, de no haber conseguido una segunda tirada para ninguno de sus libros, siendo todo ello la causa de sus dificultades económicas, de las cuales se siente responsable, considerando que, si su matrimonio go-

30. *Cómo se hace una novela*, p. 747. En este mismo sentido cfr.: *Id.*, p. 760; *Letras de América y otras lecturas*, p. 1245.

Acerca de la concepción unamuniana de la mujer, cfr., entre otros: Ciplijauskaite, Birute, «El amor y el hogar: dos fuentes de fortaleza en Unamuno», *Cuadernos...* XI; Marías, Julián, *o. c.*, pp. 254-259; Navajas, Gonzalo, *o. c.*, pp. 51, 123, 135; Sánchez Ruiz, José María, «Dimensión mundanal y social del ser según Unamuno», *Cuadernos...* XII, pp. 62-68.

31. *El resentimiento trágico de la vida*, pp. 45, 57.

32. *Le Journal...*, p. 1162.

za de paz y estabilidad, es gracias a su mujer, «*douce comme les anges*»<sup>33</sup>; cuando, una vez concluidas sus tareas domésticas, al crepúsculo, la observa, vigilante, atender a sus hijos, descubre en ella algo de sagrado<sup>34</sup>.

Por lo que respecta a la naturaleza, también hemos creído ver una cierta coincidencia en la valoración de ambos autores. Unamuno, en cuanto se encuentra libre de sus obligaciones ciudadanas y profesionales, sale al campo, acude a sumergirse en la naturaleza serena e inmutable; ama la montaña, el silencio de las cimas, el valle, la llanura; acérrimo defensor de la realidad intrahistórica, gusta de contemplar al hombre de ignorada existencia, cuya vida silenciosa late bajo el tumulto pasajero de la historia; este espectáculo de paz y sosiego le trae evocaciones de Rousseau y sus teorías sobre el estado de naturaleza<sup>35</sup>. El escritor identifica los valores positivos de la intrahistoria con el pueblo silencioso que se levanta cada día a labrar sus campos; en esto sigue de nuevo un camino paralelo al de Renard, defensor del esfuerzo diario y no de las grandes hazañas:

«Il est plus difficile d'être un honnête homme huit jours qu'un héros un quart d'heure»<sup>36</sup>.

El campo supone también para el autor de *Histoires Naturelles*, una lección de moral, de serenidad, de calma; en el bullicio de la ciudad, la añoranza del campo viene a dictarle fervientes páginas sobre la naturaleza, «*le grand air fait des hommes et Paris ne fait que des hommes de lettres*»<sup>37</sup>, escribe Jules Renard a Maurice Pottecher, desde Maisons-Laffitte, instándole a venir a visitarle, asegurándole que su tarea no se vería interrumpida y que, en todo caso, el sueño estéril que el campo proporciona es más grato que el trabajo.

Suele decirse de Unamuno que fue un escritor esencialmente asistemático, cuyo pensamiento oscila sin cesar de una intuición a otra, de un tema a otro, conducido por las sollicitaciones de sus problemas íntimos, empujado por su angustia, pero en cuya obra se descubre una profunda unidad, ya que está orientada por una preocupación única y decisiva, por un único tema: el de la personalidad humana y su deseo de perduración eterna, siendo este tema el centro organizador, el verdadero sistema de todos sus escritos.

Pues bien, de la misma manera, *Le Journal de Jules Renard*, obra que, debido a sus características formales, propias de un diario, carece de unidad, ya que está constituida por pequeños toques, sabiamente matizados, de estilista en busca de la perfección, y en la que sobresale la observación minuciosa de cuanto rodea al escritor, la ironía corrosiva, el sentido del humor y el lirismo de algunas descripciones, podríamos afirmar que existe

33. *Le Journal...*, p. 240.

34. Cfr. *id.*, p. 1079.

35. En este sentido, cfr., *Paz en la guerra*, pp. 129, 144, 145, 156, 169, 170, 294, etc.; *Andanzas y visiones españolas*, pp. 409, 413, entre otras. Sobre el sentimiento de la naturaleza en Unamuno, cfr., Azaola, J. Miguel de, *El mar en Unamuno*, Caja de Ahorros de Bilbao, 1986; Bécarud, Jean, «Unamuno introductor de España: Releyendo Andanzas y visiones españolas» in *Volumen Homenaje cincuentenario Miguel de Unamuno*, Universidad de Salamanca, 1986; Blanco Aguinaga, Carlos, *El Unamuno contemplativo*, Nueva Revista de Filología Hispánica, México, 1959; Litvak, Lily, «Ruskin y el sentimiento de la naturaleza en las obras de Unamuno», *Cuadernos...*, XXIII, entre otros.

36. *Le Journal...*, p. 1099.

37. *Correspondance...*, p. 130.

asimismo una preocupación decisiva, que le confiere unidad: la preocupación de la muerte, inquietud que viene a emparentarlo con el autor de *Del sentimiento trágico de la vida*.

El conflicto del tiempo y la eternidad invade casi por entero la obra unamuniana, surgiendo dominante desde sus primeros escritos. El hombre vive desgarrado entre dos pasiones contradictorias: el anhelo de lo eterno y el anhelo de lo temporal, no pudiendo ni huir del tiempo por lo eterno, ni huir de lo eterno por el tiempo, ya que lo eterno lo devuelve al tiempo, y el tiempo, a su vez, lo restituye a lo eterno.

No es de extrañar, pues, que Don Miguel encuentre en Jules Renard un eco de su propio pensamiento; la pesadilla del tiempo que pasa y el temor ante la proximidad de la muerte están presentes en muchas de las páginas de su diario como anunciábamos. El autor francés afirma no interesarle las doctrinas de los filósofos si éstas no le explican el misterio de la vida y de la muerte, a la cual no encuentra sentido alguno, y de la que sólo, no habiendo nacido, podría escapar; es el miedo a la muerte —arguye Renard— lo que le hace amar el trabajo, que es la vida toda, y es este mismo temor el que lo retiene en la vida:

«Trente ans! Et, maintenant, je suis sûr de ne pas échapper à la mort».

(...)

«La préoccupation de la mort, c'est comme une nacelle d'où l'on peut voir, de haut, le petit monde»<sup>38</sup>.

Durante su estancia en París, en 1925, después de haber leído *La peau de chagrin* de Balzac, Unamuno concibe la idea de escribir *Cómo se hace una novela*. En esta narración autobiográfica, busca el escritor retener el tiempo que huye, arrancarse a la muerte de cada instante<sup>39</sup>. Don Miguel no sabe cuánto durará aún su destierro, por lo que no se atreve a emprender trabajo alguno duradero; se siente devorado por la historia, sabiendo que, cuando ella acabe, se acabará él con ella; el tiempo habrá concluido para todos, al finalizar la novela de su vida. Siente Unamuno que el prodigarse desgasta, que vivir es desgastarse, pero, quien no se gasta, no vive, y el pensador vasco desea vivir. El autor de *Cómo se hace una novela* reconoce sin duda la convergencia de su propio pensamiento con las teorías de Jules Renard, quien sugiere que el exceso de actividad puede conducirnos inexorablemente y con mayor celeridad hacia la muerte:

«Surmenons-nous, surmenons-nous pour vivre plus vite et mourir plus tôt»<sup>40</sup>.

Sin embargo, esta opinión acerca del desgaste provocado por el exceso de actividad, tan próxima a la teoría balzaciana, parece contradecirse con la siguiente reflexión, que quizás por ello mismo llamó la atención del pensador vasco, quien recordó sin duda las peripecias del héroe de Balzac:

«Un cerveau bien soigné ne se fatigue jamais»<sup>41</sup>.

38. *Le Journal...*, pp. 201, 213.

Cfr. también, en este mismo sentido: *Id.*, pp. 111, 196, 272, 408, 412, 415, 417, 485, 491, 720, 1021, 1043.

39. Cfr. *Cómo se hace una novela*, p. 729.

40. *Le Journal...*, p. 153.

41. *Id.*, p. 236.

Según Unamuno, morir es des-nacer y la vida no es más que un morir continuo, día a día. Oír cantar a los trapenses representó para él, en cierta ocasión, un canto de cuna, «una brizadora para la muerte. O mejor para el desnacimiento»<sup>42</sup>. Jules Renard viene a confirmarle la posibilidad de que el nacimiento pueda seguir a la muerte:

«Pourquoi serait-il plus difficile de mourir, c'est-à-dire de passer de la vie à la mort, que de naître, c'est-à-dire de passer de la mort à la vie?»<sup>43</sup>.

Creemos, pues, poder afirmar que existe un paralelismo claro entre ambos escritores en su concepción de la vida como un morir continuo, un des-nacer cada día. Para Unamuno, el tiempo es un tirano que nos conduce a la nada, el pasado no es nada, nada tampoco el porvenir y el presente es una transición misteriosa al vacío; el autor de *Del sentimiento trágico de la vida* desea derretirse en lo eterno, donde es vencido el tiempo<sup>44</sup>. Renard supone para el pensador vasco la evidencia de la exasperación del hombre ante la temporalidad de su condición humana, constituyendo dicha temporalidad la manifestación más palpable de la tragedia del hombre, quien vive angustiado ante la inmediatez de la muerte.

La intuición del conflicto entre el todo y la nada parece haber sido determinante en Unamuno desde muy temprano: se la encuentra ya en el escritor adolescente, bajo los rasgos de Pachico, en *Paz en la guerra*. El drama del ser humano no lo constituye la presencia de una nada sustancial dentro de su ser, ni la incertidumbre del ser suspendido sobre la nada, sino la contradicción concreta de sentirse limitado y el deseo ilimitado de serlo todo. Al no ser todo, el hombre se siente nada; mas, al querer serlo todo, comprende que esa nada es tan esencial al ser como el serlo todo. La vida es contingencia a causa de la necesidad y el afán de ser siempre, el dolor de no ser y la congoja nacida por la previsión de la nada, la angustia ante la posibilidad del anonadamiento<sup>45</sup>.

Jules Renard viene a confirmarle que la mayor tragedia del ser humano consiste en vislumbrar la posibilidad de su anonadamiento, visión que podría arrastrarlo incluso al suicidio:

«Un homme qui aurait *absolument nette* la vision du néant se tuerait tout de suite»<sup>46</sup>.

Entablando diálogo con el autor del diario, Unamuno escribe en el margen inferior:

«"El que ve a Dios la cara se muere" dice la Escritura, pero no se mata»<sup>47</sup>.

No obstante, Jules Renard parece distanciarse del autor de *Del sentimiento trágico de la vida* en la importancia concedida a la nada, llegando a afirmar que un hermoso

42. *La agonía del cristianismo*, p. 312, cfr. también *Teresa*, p. 569.

43. *Le Journal...*, p. 491.

44. *Poesías*, p. 265.

45. Cfr. *Del sentimiento...*, pp. 127, 129, 131-143, etc.

Respecto a la nada en la obra de Unamuno, cfr., Meyer, François, *La ontología de Miguel de Unamuno*, Gredos, Madrid, 1962, pp. 17-45; Johnson, W.D., «Vida y ser en el pensamiento de Unamuno», *Cuadernos...*, VI, pp. 43-45; Rivera de Ventosa, E., «Henri Bergson y Miguel de Unamuno», *Cuadernos...*, XXII, pp. 106, 107.

46. *Le Journal...*, p. 1099. El subrayado es del autor.

47. *Ibid.*

poema de Víctor Hugo encierra más pensamientos que un tratado de metafísica. El escritor francés opina que, en la actualidad, nos ocupamos menos de la nada, nos habituamos a ella, y esta evolución en nuestra vida constituye toda una revolución literaria<sup>48</sup>.

Para Unamuno, la posibilidad del aniquilamiento resta sentido y finalidad a la vida, haciendo ésta insoportable. El pensador bilbaíno descubre en la nada la más pavorosa de las eventualidades del ser humano, empalmando así con otro escritor francés, con Sénancour, quien en la carta XC de *Obermann* escribe:

«L'homme est périssable. Il se peut, mais périssons en résistant, et, si le néant nous est réservé, ne faisons pas que ce soit une justice»<sup>49</sup>.

Unamuno señala el párrafo citado y deja constancia de él al final del volumen; después, repetidas veces, vuelve a dicho pensamiento en sus escritos, cambiando en positivo el precepto obermaniano, en actitud de desafío:

«Si nos está reservada la nada, hagamos que sea ello una injusticia, y tendréis uno de los más rotundos fundamentos de la ética, el más robusto acaso, una base de acción.

Hagamos que sea una injusticia nuestro aniquilamiento, es decir, merezcamos la inmortalidad aunque no la alcancemos. He aquí un robusto cimiento de actividad. Merezcamos no morir»<sup>50</sup>.

Mereceremos no morir –afirma Don Miguel– haciéndonos insustituibles, obrando de modo que nadie pueda llenar el hueco que hayamos dejado, y todos reconozcan que no debimos haber muerto, superándonos a nosotros mismos en nuestro deber, poniendo pasión en nuestro trabajo. Unamuno arguye que falta el anhelo de cada uno por merecer la inmortalidad, para que, si la nada nos aguarda, sea ello una injusticia. En este sentido, el filósofo vasco encuentra una resonancia muy intensa del precepto obermaniano y de sus propias experiencias espirituales en la lectura de *Le Journal de Jules Renard*:

«Il n'y a pas de Paradis, mais il faut tâcher de mériter qu'il y en ait un»<sup>51</sup>.

La idea de Renard no pudo menos de afectar a Unamuno, quien, en el margen izquierdo del libro, escribe: «v. *Obermann*», anotando seguidamente la página en la guarda final del volumen.

Queremos, no obstante, hacer constar, que Renard no parece conocer el precepto obermaniano, a juzgar por sus propias palabras:

«Commencé *Obermann* de Sénancour. Illisible. Non, vraiment, je ne peux pas aller jusqu'au bout. C'est insensé, ce culte de l'ennui. Etait-ce assez idiot, cet ancien "vague à l'âme"!»<sup>52</sup>.

Observamos que Renard parece distanciarse del profesor de Salamanca en el entusiasmo manifestado por este último hacia la obra de Sénancour, aunque, como hemos

48. En este sentido, cfr., *Le Journal...*, pp. 1072, 1204.

49. O. c., Charpentier Fasquelle, París, sin fecha, p. 412.

50. *Letras de América y otras lecturas*, p. 1237. En este mismo sentido cfr. también, *Cancionero*, p. 993; *Del sentimiento...*, p. 262.

51. O. c., p. 276.

52. *Id.*, p. 37.



podido comprobar, Unamuno parece reconocer la proximidad del pensamiento de Jules Renard con el suyo propio acerca del anhelo de totalidad y el desgarró de no poder ser más de lo que se es, proximidad que trae a su memoria la obra de Sénancour, tantas veces repetida desde su adolescencia.

La tragedia de la existencia humana o congoja es consecuencia del deseo de inmortalidad y del convencimiento de lo absurdo de tal deseo. El sentimiento trágico de la vida consiste, pues, en una lucha entre desear y saber. Unamuno describe la congoja como algo más hondo, más íntimo y más espiritual que el dolor, fuente del sentimiento trágico de la vida. Pero, aunque la congoja sea experimentada por el hombre de resultados del encuentro de éste con la nada, no supone una experiencia negativa, puesto que le abre la puerta a la sabiduría, fortaleciendo su conciencia individual, abriéndola a la trascendencia y siendo la base de una   tica y de una vida humana eficiente<sup>53</sup>.

En *Del sentimiento trágico de la vida*, nos descubre el pensador vasco su más profundo sentimiento metaf  sico, su tema, la única cuestión verdaderamente importante para él: la de la supervivencia eterna. La sed de inmortalidad constituye, como sabemos, un tema dominante en Unamuno, manifestación particular de su pasión o anhelo de ser, de ser siempre, de serlo todo<sup>54</sup>. Este deseo de perdurar por siempre es tan íntimo y tan especial a la naturaleza humana que todo individuo lucha por inmortalizarse en alguna manera.

Pueden establecerse varias fórmulas mediante las cuales el profesor bilbaíno pretende vencer a la muerte: sobrevivir en los hijos, sobrevivir en la fama y el intento de perdurar como alma inmortal, en una vida ultraterrena.

Para Don Miguel, los hijos son prolongación de la vida del padre; la existencia de éste se proyecta en ellos y de los hijos vuelve a ascender hasta el padre, que renace en ellos<sup>55</sup>. Este intento de supervivencia posee un doble significado: uno, el material, de reproducirse según la carne, y otro, espiritual, de reproducción según el espíritu. Así, desde Hendaya, escribe Unamuno a José María Quiroga Pl  a, comunicándole su inmensa alegría por el nacimiento de su primer hijo y manifestándole su temor ante la posibilidad de que no dejara descendencia:

«Me habría Dios condenado a no dejar sino mis obras de papel por mucho espíritu que(sic) tengan y no carne de espíritu? (...), ya el nuevo hogar de la carne de mi espíritu y de los vuestros está fundado»<sup>56</sup>.

Eternizar el nombre por las obras, sobrevivir en la fama, en la memoria de los demás, vendría a constituir la segunda forma de pervivencia ensayada por Unamuno, quien, en *Vida de Don Quijote y Sancho*, escribe que El Caballero de la Locura pierde el juicio para dejarnos ejemplo de generosidad espiritual, con lo cual logra perpetuo nombre, fundándose en ello su mayor provecho:

«(...) en ello el aumento de su honra primero y el servicio de su república después. Y su honra   qu   era? (...)   Qu   sino un ensancharse en espacio y prolongarse en tiempo la personalidad?   Qu   es sino darnos a la tradición para vivir en ella y así no morir del todo?»<sup>57</sup>.

53. En este sentido cfr., *Del sentimiento...*, pp. 172, 183-187.

54. Cfr., *id.*, p. 132.

55. Cfr., *Cómo se hace una novela*, pp. 731, 732.

56. Carta fechada en Hendaya, el 18 de Noviembre de 1929.

57. *O. c.*, p. 69.

Por todo lo anteriormente expuesto, el escritor bilbaíno se siente próximo a Jules Renard quien, de la misma manera, busca la supervivencia por medio de sus escritos, aunque a veces se pregunte para qué afanarse tanto, si el público no recuerda nunca más que uno o dos títulos de los autores más fecundos; el escritor se consuela, no obstante, pensando que su obra podrá significar el único legado que pueda otorgar a sus hijos:

«Mes enfants, pour tout héritage, je vous laisserai mon âme, par écrit»<sup>58</sup>.

Pero la verdadera gloria se espera inútilmente –arguye Renard, coincidiendo en esto con Unamuno; para este último, de esta fórmula de supervivencia sólo se siguen la vanidad, el necio afán de originalidad y la envidia, tratándose en realidad de una inmortalidad aparente<sup>59</sup>. No hallando pues satisfacción en la perduración por la fama, el escritor vasco busca otra forma superior de supervivencia, la única, la decisiva: la supervivencia en lo eterno:

«(...) quiero ser yo y sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo»<sup>60</sup>.

Unamuno defiende que la razón es incapaz de probar la inmortalidad del alma, mientras que sí puede, en cambio, probarse racionalmente su mortalidad, pero, no importándole las creaciones del intelecto frente a las del instinto, y aunque no haya confirmación racional de la inmortalidad del alma, la necesita ardientemente; por ello, estudia el problema y busca hasta la saciedad lo que otros autores han especulado sobre este tema, alimentando así su esperanza e impregnando su vida del consuelo que le brinda la conciencia de su inmortalidad.

La lectura de *Le Journal de Jules Renard* le inspira un poema recogido en su diario espiritual y poético, el *Cancionero*:

«Leyendo el Journal de Jules Renard

Una gota de rocío/cuajada en tela de araña,/al nacer el sol la sorbe,/es la eternidad que pasa!/Y un diamante que a la puesta/las hebras del sol destrenza,/y en arco iris las tiñe/el momento que se queda»<sup>61</sup>.

Los poemas del *Cancionero* vienen a constituir todos ellos un poema de gran unidad, la unidad que la vida proporciona, como el autor mismo afirma, en el Prólogo de dicha obra. Este poema, escrito el 2 de agosto de 1928, quinto año del destierro de su autor, en Hendaya, pudo brotar, al alba, como una canción, de la lectura de una «frase flotante», hallada en el diario del escritor francés que nos ocupa. Unamuno parece describir aquí el paisaje poético de su estado de ánimo, por medio de estos versos octosílabos, de formas rítmicas y musicales, surgidos con vocación de canto, como lo fueron a menudo los suyos; el cromatismo descriptivo, los valores plásticos de ese paisaje que se nos antoja

58. *Le Journal...*, p. 435; cfr. a este respecto, pp. 598, 693.

59. Cfr. *Teresa*, Presentación, p. 563.

60. *Del sentimiento...*, p. 132.

61. *O. c.*, p. 1048.

humanizado, evidencian que el poeta siente la naturaleza como proceso agónico<sup>62</sup>; el tiempo se combina así con los sentidos, con la luz; pudiera el poeta querer liberarse del tiempo, tela de araña que lo aprisiona, redimirse, y así ascender y perpetuarse en ese «arco iris», símbolo quizás del ansia del eterno reposo. Pero todo es efímero: esa gota de rocío, transmutada en arco iris, que sólo dura un momento, vendría a ser aquello que el escritor, con su gusto por el conceptismo y las antítesis, denominara «la momentaneización de la eternidad».

Comprobamos pues que *Le Journal de Jules Renard* sirve a Don Miguel de punto de partida para sus propias reflexiones sobre el tema que tanto le inquieta. Pero, a pesar de la sintonía ante problemas, ideas y cuestiones compartidas, que venimos analizando, observamos que Renard se distancia algo de Unamuno en la importancia concedida por él a la supervivencia eterna. A este respecto, el pensador vasco señala el siguiente párrafo:

«Je ne tiens plus à l'immortalité du nom qu'à celle de l'âme.

Si je pouvais m'arranger avec Dieu, je lui demanderais de me métamorphoser en arbre, un arbre qui, du haut des Croisettes, regarderait mon village. Oui, j'aimerais mieux ça qu'une statue»<sup>63</sup>.

Con respecto a la inmortalidad del alma, Unamuno concluye que creer en ello implica desearlo con tanta fuerza que sobrepase a la razón y ésta quede subyugada. Decide pues, aceptar el conflicto, planteado como tal, y ver la posibilidad de hallar alivio dentro de la misma lucha, llegando al convencimiento de que para obrar, para vivir, no hace falta la certeza absoluta que le es imposible alcanzar y que, del fondo de la desesperación puede surgir la esperanza.

Sabido es que la obra de Unamuno se halla inmersa en un ambiente religioso, no siendo fácil encontrar en ella un tema que no acabe por mostrar sus raíces religiosas o culminar con una última referencia a Dios. Pero, para el pensador vasco no es Dios el fundamento inmediato de la religión, sino el hombre. Unamuno centra el problema de Dios en el hombre mismo y su afán de inmortalidad. La pregunta sobre Dios cae pues de lleno dentro de la antropología. A la inquietante pregunta de si Dios existe, el pensador ha respondido que su hambre de inmortalidad sólo puede ser saciada por un Dios inmortalizador. Así, no le preocupa tanto de dónde el hombre proviene, cuanto hacia dónde tiende; no se trata tanto de conocer el por qué, sino el para qué; no le inquieta tanto la causa como la finalidad. Todo el pensar de Unamuno sobre Dios viene condicionado por la pregunta de si vivirá eternamente o acabará en la nada:

«(...) lo que me toca, lo que me inquieta, lo que me consuela, lo que me lleva a la abnegación y al sacrificio, es el destino que me aguarda a *mí* o a *mi persona*, sean cuales fueren el origen, la naturaleza, la esencia del lazo inasequible sin el cual place a los filósofos decidir que mi persona se desvanecería, como dice Cournot»<sup>64</sup>.

62. En este sentido se expresa José Miguel de Azaola, quien afirma que los paisajes de Unamuno son paisajes interiores, del alma (*El mar en Unamuno*, o. c., pp. 24, 36, 104).

63. O. c., p. 978.

64. *Del sentimiento...*, p. 240. El subrayado es del autor.

En este sentido cfr. también: *id.*, p. 128; *Nicodemo el fariseo*, pp. 367-385. En torno al problema religioso en la obra de Unamuno, cfr. entre otros: Collado, J. A., *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*, Gredos, Madrid, 1962; Conde, Carmen, «Miguel de Unamuno», *Ya*, 27,

Desde una perspectiva religiosa, y para mejor comprender el problema, se han venido señalando tres etapas y dos rupturas en la vida del escritor vasco. La primera etapa, la de su fe heredada, ingenua, vivida intensamente hasta su ingreso en la Universidad, en 1880. La segunda, a partir de ese momento; el insaciable deseo de saber lleva al joven Unamuno a querer racionalizar su fe, enfrascándose para ello en las obras de Hegel, Kant, Spencer, Henry George, etc., lejos de conseguirlo, el estudiante abandona sus prácticas cristianas, la filosofía substituye a la religión; Unamuno se identifica con el ateísmo filosófico reinante. La crisis de 1897 supuso la culminación de un largo período de inquietud religiosa e imprimió en la vida del escritor una nueva actitud resuelta, sólida, de predicación sincera de sus ansias de fe; puede decirse que el pensador se inserta irrevocablemente en el tema religioso, que será hasta su muerte su tema primario y fundamental, el eje de su vida<sup>65</sup>.

La lectura de los grandes escritores hicieron mella también en la vida de Jules Renard, como él mismo confiesa<sup>66</sup>; de ahí su desdicha, su insatisfacción:

«Tant qu'un homme ne s'est pas expliqué le secret de l'univers, il n'a pas le droit d'être satisfait»<sup>67</sup>.

Sin embargo, el gran maestro estilista francés, en su espíritu contradictorio, envuelve a menudo sus preocupaciones metafísicas, en un revestimiento de humor y cinismo, con lo cual se pone de relieve, además de lo incisivo y burlón de su carácter —abundamos en lo que declarábamos anteriormente— la menor importancia concedida por este autor al problema del destino último del hombre, como lo evidencian los siguientes ejemplos:

«Dieu comprend tout. Il refusera de m'ouvrir la porte du ciel si j'ai fait une faute de Français».

«Si celui qui se noie joint les mains pour prier, n'est-il pas perdu? Qu'il nage donc toujours!».

«Le Christ n'est plus qu'un sujet littéraire à la mode»<sup>68</sup>.

enero, 1980; Gautrand, Marcel, *Le refus de mourir et l'espérance chez Miguel de Unamuno*, Ophirys, Paris, 1969; Gómez-Moriana, A., «Unamuno en su congoja», *Cuadernos...*, XIX y XX; Marías, Julián, *op. cit.*; Oroz Reta, J., *El agonismo cristiano*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986; Quintín Pérez, S. J., *El pensamiento religioso de Unamuno frente al de la Iglesia*, Sal Terrae, Santander, 1947; Rivera de Ventosa, E., *Unamuno y Dios*, Encuentro, Madrid, 1985; Sevilla Benito, F., «La inmortalidad del alma, según Don Miguel de Unamuno», *Cuadernos...*, VIII.

65. En relación con la crisis de conciencia de Unamuno cfr., Sánchez Barbudo, Antonio, «Una experiencia decisiva: la crisis de 1897», in *Miguel de Unamuno*, pp. 95-123; *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*, Ed. Lumen, Barcelona, 1981, pp. 88-160; Zubizarreta, Armando, *Tras las huellas de Unamuno*, Taurus, Madrid, 1960; «Miguel de Unamuno y Pedro Corominas», *Cuadernos...*, IX, pp. 6-34.

Acerca del clima intelectual en el que Unamuno recibe su iniciación a la reflexión filosófica cfr., Cecilia Lafuente, Avelina, *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*, Universidad de Sevilla, 1983, pp. 15-42; Cruz Hernández, Miguel, «La significación del pensamiento de Unamuno», *Cuadernos...*, XIII, pp. 5-11; Guy, Alain, *Unamuno*, Seghers, Paris, 1964; Meyer, François, *op. cit.*, pp. 156-168.

66. *Le Journal...*, p. 242.

67. *Id.*, p. 486.

68. *Le Journal...*, pp. 422, 618 y 189, respectivamente.

En la poesía unamuniana encontramos algunos ejemplos en que el escritor increpa a un Dios mudo, que se esconde y calla ante las solicitudes del hombre; es el Dios de «Nado y vuelo», «Mi Dios hereje» y «Coloquio místico»<sup>69</sup>.

En esta actitud desafiante hacia Dios, Jules Renard adopta una posición muy próxima a la de Unamuno; así, a la muerte de su madre, producida en circunstancias algo extrañas y, ante la duda de si fue suicidio o muerte natural, el autor del diario, acusador implacable, pretende responsabilizar a Dios, en el que asegura no creer:

«Morte par accident ou par suicide, quelle différence, du point de vue religieux? Dans le premier cas, c'est elle qui a tort, mais, dans le second, c'est Dieu»<sup>70</sup>.

Nos parece evidente, no obstante, que la insatisfacción espiritual y religiosa, los anhelos de fe del autor de *Histoires Naturelles*, lo empujan a buscar a Dios, a lo largo de su vida, infatigable:

«Vous dites que je suis athée, parce que nous ne cherchons pas Dieu de la même façon, ou, plutôt, vous croyez l'avoir trouvé. Je vous félicite. je le cherche encore. je le chercherai dix ans, vingt ans, s'il me prête vie... Je crains de ne pouvoir le trouver: je le chercherai quand même, s'il existe. Il me saura peut-être gré de mon effort. Et peut-être qu'il aura pitié de votre confiance béate, de votre foi paresseuse et un peu niaise»<sup>71</sup>.

Jules Renard se encuentra próximo a Unamuno en sus preocupaciones metafísicas, aunque, como decíamos, estos problemas no parecen angustiarle tanto como al autor de *La agonía del cristianismo*; el sentido del universo, la existencia de Dios, son presupuestos, no obstante, que el autor francés necesita conocer:

«Pour voir, il faut d'abord ôter tout le rococo qu'on a dans les yeux».

«Mais approchons-nous de la vérité? Demain ou après-demain nous serons faux, et ainsi de suite, jusqu'à ce que cet univers soit las d'être inutile».

«J'ai soif de vérité»<sup>72</sup>.

Del mismo modo, por lo que respecta a la problemática de la fe, Unamuno llega a identificarse con Jules Renard, quien concibe que una de las vías para llegar a Dios es la cordial; creer en Dios sería, pues, desear su existencia, anhelarlo enérgicamente, conclusión a la que el autor del diario parece llegar en el ocaso de su vida:

«Religion des hommes supérieurs: besoin d'une discipline. Ils n'ont pas la foi: ils croient parce qu'ils veulent croire»<sup>73</sup>.

El acercamiento entre esta aseveración y las suyas propias debió conmover a Unamuno, quien, repetimos, llega a Dios desde su antropología, que le exige ser todo, ante la pavorosa amenaza de la nada; siendo la ausencia de Dios la que le hace sentir su rea-

69. Cfr., *Poésias sueltas*, pp. 913-917; *Rosario de sonetos líricos*, p. 364; *id.*, p. 375, respectivamente.

70. *Le Journal...*, p. 1224.

71. *Id.*, p. 836.

72. *Le Journal...*, pp. 752, 119-120, 300, respectivamente.

73. *Id.*, p. 1019. Corresponde al cuarto tomo del diario y data del 12 de febrero de 1906.

lidad, Don Miguel quiere que haya Dios, que exista Dios. Dios se le revela, pues, por vía cordial. El Dios de la razón es el ser puro que es igual a la nada, frente al Dios cordial, que es Dios personal y universal. No es, por lo tanto, necesidad racional, sino angustia vital, la que nos lleva a creer en Dios:

«Creer en Dios es anhelar que le haya y es, además, conducirse como si le hubiera; es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción»<sup>74</sup>.

En este sentido reflexiona aún, en su voluntaria reclusión salmantina, en los últimos días de su vida, escribiendo aquellas notas amargas para un libro que no llega a componer:

«Lo terrible es que la misma desesperación que lleva a los supuestos ateos a vengarse de Dios y sus ministros les lleva a los supuestos creyentes —a los que creen creer o quieren creer— a perseguir a aquellos. Ni unos ni otros pueden creer, ni no creer. De un lado la desesperación de la resignación del otro la resignación a la desesperación»<sup>75</sup>.

Ya años antes había logrado Unamuno instalarse en el conflicto, encontrando alivio en esa fe hecha de desesperación y de duda que él denominara «la salvadora incertidumbre, nuestro supremo consuelo»<sup>76</sup>.

Así pues y en función de las páginas que preceden, esperamos haber puesto de manifiesto que Unamuno estableció una larga y honda comunicación, en diálogo silencioso, con la obra de Jules Renard, buscando en el autor francés, como solía, aquello que le parecía más cercano a sí mismo.

El escritor bilbaíno encontró en los escritos del lúcido e implacable observador, fundador del *Mercur de France*, muchas de sus inquietudes y problemas vitales.

Coincidió con Jules Renard en su aversión por la literatura profesional, que deshumaniza al escritor, obligándole a representar una comedia, a hacer espectáculo de sí mismo. La visión que Renard nos brinda de la vida, como teatro, como representación, nos parece también coincidir con la de Unamuno.

Ambos autores propugnan una mayor proximidad entre las ideas y los nombres, ya que éstos nos llevan a la esencia de las cosas. El poeta, recreador del lenguaje, conciencia de la humanidad, viene a ser la máxima aspiración de ambos.

Renard muestra una actitud coincidente con la de Unamuno en lo que respecta a la mujer, quien parece representar para el escritor vasco el refugio y serenidad que precisa, lenitivo en los conflictos familiares, profesionales y sociales, siendo la maternidad su cualidad más relevante, cualidad ésta que viene a impregnar todas sus actividades.

Hemos creído ver asimismo una cierta coincidencia en la valoración de ambos escritores con respecto a la naturaleza y a la estimación de la constancia y el esfuerzo diario, más que de las grandes gestas, del hombre paciente e ignorado.

Pero aquella inquietud decisiva, capital, que confiere unidad a la obra de ambos autores, denominador común de sus preocupaciones vitales, como debió sentir el pensador vasco, al recorrer las páginas de la correspondencia y, sobre todo, *Le Journal de Jules*

74. *Del sentimiento...*, p. 219.

75. *El resentimiento...*, p. 55.

76. A este respecto cfr., *Del sentimiento...*, p. 179; *Vida de Don Quijote y Sancho*, p. 159; *Rotario de Sonetos líricos*, p. 359.

*Renard*, es la preocupación ante el destino último del hombre. La pesadilla del tiempo que huye, la proximidad de la muerte, el conflicto entre el tiempo y la eternidad, vienen a emparentar estrechamente la obra de ambos pensadores, como esperamos se haya podido constatar a través de nuestro estudio.

Renard podría haber supuesto para Don Miguel, una vez más, la evidencia de la exacerbación del individuo ante la provisionalidad de su condición humana, siendo dicha provisionalidad la muestra más ostensible de la tragedia del hombre, que vive acongojado ante la certidumbre de la muerte. El autor francés viene a confirmarle que la tragedia del hombre consiste en entrever la eventualidad de su anonadamiento. Unamuno encontraría en el diario de Renard un eco de sus propias experiencias espirituales, cuando el escritor francés propone que, aun ante la posibilidad de que el Paraíso no existiera, debemos tratar de merecerlo; este pensamiento, en convergencia absoluta con el suyo propio, viene avalado sin duda por el precepto obermaniano, que tanto le había seducido, y que había ya fructificado en sus propias obras.

Unamuno, al igual que Renard, busca la inmortalidad por medio de sus escritos, por la fama, pero esta fórmula de pervivencia no proporciona a ninguno de los dos entera satisfacción.

Aunque al autor del diario no le angustia el problema de la supervivencia eterna en la misma medida que al pensador vasco, es evidente que muestra una actitud coincidente con él en lo que respecta a la búsqueda de la fe, llegando igualmente a la conclusión de que Dios puede revelarse por vía cordial.

Para concluir, y abundando en lo que señalábamos en páginas anteriores, la obra de Jules Renard podría constituir un referente importante para la comprensión del pensamiento unamuniano; en este autor encontraría Unamuno, una vez más, únicamente el consuelo de «la salvadora incertidumbre».

